

RESEÑA BÍBLICA

LA FE DE JESÚS EN EL JUDAÍSMO DE SU TIEMPO

Carlos Gil (coord.)

את
ש
א

A
B
E

verbo divino

Nº 98

2018 / II

LA FE DE JESÚS
EN EL JUDAÍSMO
DE SU TIEMPO

Coordinador: Carlos Gil

Nº 98 · 2018 / II



verbo divino

Contenido

Editorial

Sección monográfica

El judaísmo del Segundo Templo

Olga Ruiz Morell

El movimiento de renovación intrajudío de Jesús

Rafael Aguirre

Seguidores de Jesús. El judaísmo del siglo I en crisis

Carlos Gil Arbiol

Tensiones entre el judaísmo y el cristianismo en la tercera generación cristiana (Hch, Jn y Ap)

José Antonio Badiola

San Justino en el proceso de separación entre judaísmo y cristianismo

Fernando Rivas

Sección abierta

Un paseo por el Paraíso

Pedro Barrado

Sección didáctica

Y la Palabra de Dios acampó en las redes sociales

Javier Velasco-Arias

Sección informativa

Boletín bibliográfico

Créditos

Editorial

Jesús fue un judío de su tiempo. Esta afirmación resulta obvia desde el punto de vista histórico. Si a continuación se dice que, por tanto, no fue cristiano, la afirmación adquiere un carácter polémico, si bien se mantiene dentro de la corrección histórica y no se podría desmentir. Además, cabe afirmar con el mismo rigor histórico que el grupo de judíos que se formó en torno a él en Galilea y que continuó su misión fue también judío, no cristiano. Las razones que sostienen estas afirmaciones son fundamentalmente dos: en primer lugar, el cristianismo como religión identificable no surge en la primera generación de seguidores de Jesús, sino más tarde, de modo que no existe como tal en la primera mitad del siglo I. En segundo lugar, las fuentes que se remontan a este período, leídas con un mínimo de rigor histórico, revelan a un grupo de judíos que buscaba renovar el judaísmo desde sus propias raíces.

No obstante, este movimiento intrajudío adquirió a partir de la segunda y tercera generaciones un perfil distinguible no solo entre los demás grupos o sectas judías, sino también para los que no eran judíos: empezaron a ser reconocidos como otra cosa. Este proceso resulta enormemente complejo, porque se desarrolla en un período de tiempo amplio –a lo largo

de, al menos, cuatro generaciones de creyentes en Cristo—, porque los grupos judíos implicados son muchos, y la pluralidad de los círculos de seguidores de Jesús no fue menor, y porque las fuentes que nos conservan esta historia sufrieron revisiones, agrupaciones, filtros y selecciones que hacen extremadamente complejo identificar el tiempo, autoría y propósito de su composición. Esta confusión, sin embargo, no oscurece el hecho de que, en los dos primeros siglos, los seguidores de Jesús pasaron de ser un grupo dentro del judaísmo plural de su tiempo a ser una religión naciente. El perfil de estos creyentes en Cristo cambió en este tiempo en muchos aspectos, pero se mantuvo un rasgo perdurable: su marginalidad. Esta característica cambió radicalmente dos siglos después, cuando Constantino y Teodosio vieron las posibilidades políticas de cohesión que esta nueva religión les daba para aglutinar el Imperio romano. Este hecho no hizo triunfar al cristianismo, sino que fue el signo de que el cristianismo había alcanzado un prestigio y una popularidad enormes.

Pero los dos primeros siglos fueron mucho más complejos y oscuros. Los seguidores de Jesús se debieron enfrentar a muchos conflictos externos e internos, basados en la confianza de que Yahvé había resucitado a aquel crucificado. La vida, muerte y resurrección de Jesús se convirtieron en el centro de un modo de vida que compartía dos características: la pertenencia a Israel y la adhesión a la persona de aquel mesías. Estas dos características pronto entraron en conflicto y se sucedieron una serie de

enfrentamientos, discusiones, tensiones y rupturas que fracturaron tanto el judaísmo plural como el grupo de seguidores de Jesús. Así, entre estos pronto hubo una minoría que concebía con determinación su fe en Jesús como una misión para transformar Israel incorporando en él a gentiles, para realizar así su vocación divina ancestral. La mayoría, sin embargo, entendía que su fe en Jesús les impulsaba a radicalizar más su observancia de la Torá y a marcar con claridad las fronteras entre judíos y no judíos. La capacidad para resolver este conflicto se reveló muy limitada y se constituyeron dos corrientes de seguidores de Jesús con visiones del judaísmo divergentes. Esta opuesta visión del judaísmo es lo que los separó, no su fe en Jesús, que, paradójicamente, los unía.

Vamos a recorrer brevemente algunos de los hitos de esta historia conflictiva. Comenzaremos con una visión panorámica del judaísmo del tiempo de Jesús, lo que se ha llamado judaísmo del Segundo Templo, para entender en ese contexto las características judías del movimiento de Jesús, iniciado por él mismo antes de su muerte. Tras este acontecimiento trágico, sus seguidores vivieron diversos episodios que fueron definiendo su identidad judía durante dos generaciones. Al final de este proceso aparece con nitidez una identidad diversa a la predominante entre los judíos del siglo II. El cristianismo estaba naciendo.

Carlos J. Gil

CARLOS GIL ARBIOL

Sección
monográfica

EL JUDAÍSMO DEL SEGUNDO TEMPLO



————— Olga Ruiz Morell —————

Universidad de Granada

El judaísmo del Segundo Templo es un judaísmo de cambios, renovación, separaciones y destrucción. Los sucesos trágicos del año 70 vinieron anunciados ya por los acontecimientos de los siglos anteriores. Palestina estuvo marcada por la fragmentación social, política y religiosa. La herencia política –las dominaciones y la dinastía asmonea– así como la cultural –nacionalismo, universalismo, helenismo, pureza– marcaron un destino nefasto que derivó en la destrucción, con la consiguiente renovación. Al final fueron dos las corrientes judías que lograron superar ese período: el cristianismo y el rabinismo; ambas, resultado de una misma época y cultura.

El judaísmo, marcado por un sentido nacionalista, vinculado a la tierra y al Templo, surgió con la dominación persa a la vuelta del destierro de Babilonia. Ese plan, elaborado en el exilio babilónico por las clases pensantes de los judíos deportados, llámeseles sacerdotes y escribas, fue instaurado y afianzado por los retornados, a pesar de los que habían permanecido en Judá. O al menos eso es lo que se pensaba. La diversidad estuvo presente en el judaísmo prácticamente desde sus inicios. Fue imposible evitar que inmediatamente surgieran voces discordantes, como las universalistas, que hablaron a través de libros como el de Jonás o el de Rut. Lo que parecía un plan cerrado y homogéneo resultó una pluralidad que quería verse reflejada en el pensamiento judío colectivo: nacionalismo o universalismo. En este caso, la discrepancia se basaba fundamentalmente en la forma en la que Israel entendía su relación con otros pueblos (los gentiles).

Ese judaísmo plural, aparentemente controlable, incluso enriquecedor, se vio significativamente –si no dramáticamente– sacudido con la llegada de un elemento externo: los griegos. Los griegos traían consigo una cultura y una religiosidad novedosas en el entorno del Próximo Oriente antiguo: el helenismo. Un helenismo que supuso tanto el enriquecimiento como la corrupción dentro del judaísmo. Si bien resultó un momento evolutivo, la progresiva disgregación condujo a la inevitable fragmentación del judaísmo en diversas tendencias.

Aquel judaísmo no era una mera religión definida únicamente por una creencia y su liturgia. La realidad trascendía lo religioso: no solo importaba a quién se rezaba, sino cómo se rezaba, cómo se comía, cómo se trabajaba, cómo se vestía, cómo se amaba... Por ello, el helenismo agitó la fe de los judíos –hombres y mujeres– y cambió su modo de vida, tanto la forma de vivirla como de entenderla.